

—¡Señor! Señor, ten piedad de mí..... aparta esa voz de mis oídos!..... derrama ceniza sobre mi corazón, que se rebela contra mi espíritu!..... ¡Señor! ¡Señor!..... dame fuerzas..... sin tu auxilio, ¿qué va á ser de mí?.....

Soledad se habia retirado del confesonario mas pálida, mas débil que nunca. Durante algunas horas vagó como insensata por los claustros..... Tenia miedo del reposo; tenia miedo de examinar el fondo de su corazón.... Al fin fué á caer de rodillas ante una imagen de la Virgen Dolorosa, y allí la sorprendió la noche llorando hilo á hilo.

Le parecia que se habia abierto á sus piés un abismo; que se habia apagado la luz de sus ojos; que entre Dios y su alma levantaba el pecado una invencible barrera.

La primera semilla que cae en un terreno nuevo, fecunda prontamente; ¡así en los corazones vírgenes y ardientes hay ocasiones en que la primera palabra viene á realizar sus mas vagos, sus mas incomprensibles deseos!

## V.

Lorsqu'une nature mélancolique se tourne du côté des idées religieuses, la solitude devient pour elle un véritable enfer. On se figure alors qu'on est abandonnée de Dieu..... on a horreur de ses semblables et l'on se fait un tourment des dogmes de religion qui devraient être une efficace consolation.

ZIMMERMANN. *De la Solitude.*

**D**ESDE aquel día fatal comenzó á decaer Soledad con una rapidez espantosa. Materialmente se la veía enflaquecer y marchitarse como una flor azotada por el cierzo.

Huyeron para la monja las horas de descanso y de consuelo. Su alma estaba agobiada por el peso del remordimiento.

No se atrevia á levantar su espíritu al Señor, como en otros días mas felices, porque le parecia que era indigna de su clemencia.

Así á fuerza de cavilar en la gravedad de la falta, que creía haber cometido, á fuerza de atormentar de esa manera su conciencia, habia comenzado á perder la esperanza. ¡La esperanza que es la vida del alma; la esperanza,



única luz que nos guía por en medio del mundo; bálsamo celeste que reanima nuestras fuerzas!.....

Y para vencer de alguna manera el desaliento que á toda prisa se apoderaba de su pecho, se entregaba sin cesar á esas penitencias terribles que inspira una imaginacion exaltada, cuando cree que con dolores materiales puede borrar sus faltas. Y como todas las gentes ignorantes, en este caso, sofocaba las aspiraciones de su corazon, que se elevaba hácia Aquel que hizo del amor el mas dulce precepto de su religion.

La desgraciada jóven se hallaba entregada á esa lucha cruel y terrible en las personas fogosas cuando se creen abandonadas de Dios; lucha fatal que provoca el escrúpulo, y que sofoca los mas dulces y naturales impulsos de devocion.

Noche y dia se la miraba arrodillada besando convulsivamente los piés de una Dolorosa, mas no con la confianza dulce, con la fé consoladora que Dios desea; sino con la angustia de un náufrago que ha perdido toda esperanza, y que reza maquinalmente. Las religiosas que en esos momentos pasaban cerca de ella, la oían repetir en voz baja y temblorosa:

—¿Con que no merezco piedad?..... ¿Con que Dios me abandona?.....

Así Soledad ahogaba en su corazon hasta los impulsos de la fé, y de esta manera crecia cada dia mas la desolacion de su alma.

Su corazon estaba acongojado y su imaginacion enfermiza; las veladas y los ayunos, tan débil como estaba, la hacian caer en frecuentes deliquios.

Soledad tenia miedo de dormir sola en su celda, y la presencia de cualquiera persona la molestaba. La inaccion la mataba, y sin embargo no se atrevia á moverse; triste, sobresaltada, se sentia devorar por un terror pánico, un terror invencible.

Las teclas del órgano, que con su armonía habian levantado tantas veces al Señor el alma de Soledad en una dulce y religiosa meditacion, estaban inmóviles y mudas.

La jóven tenia miedo hasta de entrar al coro. Parecíala que se iba á levantar una voz que la arrojara como indigna de aquel santo lugar.

Soledad habia llegado á ese punto en que la oracion no es ya un suave rocío que baña nuestro corazon, sino una ponzoña que lo roe.

Habia llegado á ese estado de las imaginaciones místicas y exaltadas, en que se obstinan, por decirlo así, en atormentarse; verdadera monomanía muy frecuente en las religiosas, por el género de vida á que están sujetas; *ideas negras* que comprimen el corazon y llenan el espíritu de abatimiento y de terror; ideas mas frecuentes en las personas que, por su ignorancia, se imaginan á Dios como á un sér celoso, sombrío, cruel, implacable, que aparta su vista de aquel que lo ofendió; un sér para quien no hay diferencia entre los errores, las faltas y los crímenes. ....

Hasta el sueño era un martirio para Soledad. Parece que á medida que sus párpados se cerraban, se dibujaba en su corazon una imágen indefinible, que ocupaba toda su mente, que hacia hervir toda su sangre.....

Era una imágen que señalaba á Soledad el cielo; pero



de la cual ella desconfiaba, porque ¡cuántas veces vino á interponerse entre su corazon y Dios en sus oraciones! ¡cuántas veces vino á robarla su atencion y hacerla olvidar hasta las palabras de una comenzada plegaria!

Por una rareza de imaginacion que no se puede explicar, Soledad consagraba por un momento todas sus facultades hácia aquella vision; pero de pronto, cuando mas embelesada estaba, despertaba sobresaltada, dando un grito, para volver á caer luego en el mismo ensueño, y tornar á despertar violentamente..... hasta que se levantaba para pasar en vela las largas horas de la noche.

Sin embargo, á pesar de la tenacidad con que la monja parecia rechazar todos estos pensamientos, habia ocasiones en que se extasiaba repitiendo un nombre suave, dulce; un nombre que encerraba para su corazon todas las armonías de la tierra, todas las promesas de la felicidad celeste.

Era aquel un encanto involuntario que se apoderaba lentamente de sus sentidos; que embargaba poco á poco sus facultades, como un sueño invencible.

Era la voz de su corazon. Era ese amor, necesidad del alma, que las criaturas deben experimentar precisamente alguna vez. Amor tan natural en el corazon, como el perfume en las flores.

¡Amor! dulcísimo afecto que Dios mismo ha infundido, y del cual ha hecho un ángel para sostener á sus escogidos en medio de la soledad y amarguras de la vida.

«El hombre tiene necesidad de amar; y la base de la religion es el amor.» \*

\* Dr. D. Jaime Balmes.

Y ¿podia ser un crimen esa simpatía, ese lazo misterioso, esa comunidad de destinos que unia así á dos criaturas en su tránsito por la tierra?

¿Debia desconfiarse de aquel amor, que reunia sus corazones para elevarlos juntamente al cielo? ¿de ese afecto que como un ángel purísimo reunia sus manos al verlos desfallecer?

Soledad, sin embargo, lo combatia con angustia: lo rechazaba á todas horas, y cuando se habia dejado arrastrar por el encanto de ese afecto, la reaccion que se verificaba en su pecho era violenta y tempestuosa; generalmente despertaba de este ensueño sobresaltada.....

La jóven, ignorante de las necesidades de la naturaleza y de las afecciones innatas del corazon, creía un pecado esa *necesidad de amar* que la agitaba á ella, como agita á todas las criaturas; esa inquietud indefinible, cuyo nombre le habia revelado involuntariamente el sacerdote.....

Y no pudiendo vencerla, se creía predestinada para el pecado; viendo lo inminente del peligro, le parecian muy lentas las oraciones.....y no confiaba en Dios como ántes, y se creía abandonada, y perdía la esperanza..... ¡y se agitaba y se estremecía bajo las garras del remordimiento!!!.....

¡Pobre jóven á quien la infinita pureza de su alma la hacia entrever el peligro aun mayor de lo que era!.....

En estos combates pasó el invierno.

Volvió la primavera; los árboles reverdecieron y las flores reventaron; mas para Soledad no volvió ya la salud.

¡Cuánta pena causaba mirar entónces á la desgraciada jóven, tan bella, tan linda en otros días, y hoy desfalleci-



da, extenuada, casi moribunda, con su frente marchita y tostada por el dolor!

La enfermedad que la habia acompañado paso á paso toda su vida, hizo en los últimos años progresos muy rápidos. Soledad habia soplado materialmente la llama de su vida.

Pasó la primavera, tambien el estío y llegó el otoño.

A medida que se acercaba esta última estacion, con sus vientos y sus hojas secas, Soledad parecia tranquilizarse un poco, porque se le iban acabando las fuerzas. No lloraba, porque no tenia lágrimas en sus ojos.

A fines de Setiembre, ya le faltaba la voz. Entónces comenzó á tranquilizarse, y á medida que se despejaba su mente, su alma recobraba la fé y la esperanza; hubie-  
ra podido decirse que iba descubriéndose el azul purísimo del cielo á traves de los nubarrones que la brisa perfumada de la mañana hacia huir.

Entónces se arrepintió, pero de muy diferente manera: ¿cómo habia podido dudar un momento de la infinita clemencia del Señor? ¿cómo habia desconfiado del que templa el rigor del cierzo al abrigo de los pobres?.....

## VI.

L'homme peut manquer á la Providence: la Providence ne manque pas á l'homme. Elle envoie sans doute des chagrins á notre cœur, ainsi que des douleurs á notre corps; mais lorsqu'il n'y a point de notre faut, le bonheur, qui s'est terni par instant, refleurit sous les larmes, comme la santé sous les sueurs de la fièvre, jusqu'au jour marqué pour l'éternelle félicité.

EMILE DESCHAMPS.

**E**L día 4 de Octubre anunció Soledad á sus hermanas que deseaba hacer una comunión el próximo domingo para implorar la clemencia del Señor.

Desde aquel momento se recogió dentro de sí misma, y tal vez se despidió de todo lo que la rodeaba.

Los vientos que habian agitado aquella flor del cielo se extinguieron entónces como se extinguen las brisas de la tarde al aproximarse la noche, y la calma volvió al pecho de la jóven.

Soledad pudo llorar todavía algunos momentos, mas no fueron ya las lágrimas amargas que la arrancaba el dolor, sino el llanto dulcísimo del hijo que vuelve á ver á su padre, el llanto del desterrado al mirar de nuevo á su patria.